

— Tranquilícese usted; amo á Laura desde que la conocí y sólo deseo saber si ella...

— Ella te amaba sin darse cuenta de lo que sentía; por eso está soltera.

Laura se sonrió y Miguel le dió gracias con un apretón de manos.

— En el mundo, señora — dijo el noble joven tras de una pausa, — cada uno recoge lo que siembra. Mi ángel bueno (así la llamaré toda mi vida) sembró cariño, caridad, buenas acciones, y recoge, hoy un amor que llega á la idolatría y que espero la hará feliz, al par que el inmenso cariño de una familia que la venera, y mañana el respeto y la admiración de cuantos la conozcan.

— Cierto, hijo mío. Casaos, pues, y Dios os haga tan felices como ambos merecéis serlo.

Un mes después se casaban en la misma iglesia donde la bella niña había ganado con su sublime caridad tan hermoso corazón, y habitaban otra vez su opulenta morada, adquirida de nuevo.



— Esto es, vida mía, que la experiencia del mal engendra la desconfianza

LOLO

I

Animado baile siguió á la solemne ceremonia del desposorio.

La concurrencia era tan numerosa, que, á pesar de la amplitud de los salones, se codeaba, apretaba y oprimía.

Entre tan confusa algazara, sobresallan mil frases laudatorias, cariñosos cumplidos que los dueños de la casa recibían sonriendo; pero á las alabanzas se mezclaban de vez en cuando críticas acerbas pronunciadas en voz baja por los mismos que en público los

aplaudían y que estaban gozando con sentidos y potencias de su cordial hospitalidad.

Aquel coro de felicitaciones se dirigía á la feliz pareja que acababa de ser unida en santo lazo, Fernando Santelices y Aurelia Montero, ambos pertenecientes á la doble aristocracia de la sangre y el dinero.

En las críticas llevaban la mayor parte el novio y el padre de la recién casada.

— Desengáñate — decía una señora de edad y apergaminado rostro á otra de su propia fecha y parecida facha, — esto ha sido arreglo de Montero. Viudo y joven, se ha de encontrar mejor sin el estorbo de la niña y la casa cuanto antes.

— ¿Quién lo duda? El novio es buen partido y tiene arrogante figura; pero cuenta cuarenta años y la novia quince. Es un terrible calavera, hastiado de todo, que busca la calma del matrimonio por conocer algo nuevo. ¡Y para esto le dan una pobre niña cegada por la doble venda de la inexperiencia y del amor! ¡Si su madre viviera!

— Dicen que él está muy cambiado, que la adora. Y en realidad, la muchacha, como buena americana, tiene la precocidad del país, el desarrollo de una mujer de veinte años.

— De todos modos, es una niña de quince, niña en todo, con la ingenua inocencia y la alegre expansión propias de la edad. ¿Qué sabe ella lo que es el matrimonio? ¿Acaso tiene conciencia de lo que hace, ni de si ama ó no?

— ¡Pobre niña! La sacrifican.

En un corro de jóvenes alegres que hacían gestos expresivos, se oía una voz de falsete que exclamaba:

— Os repito que no salgo de mi asombro. ¡Cómo! ¿Fernando Santelices, el rey de los calaveras, el terror de los maridos, el adorador perpetuo del sexo bello, se casa y con una niña? A no verlo con mis propios ojos, lo negaría al mundo entero.

— Yo casi lo dudo aún — dijo otro. — Me parece que sueño ó que asistimos á una comedia preparada por ese diabólico Tenorio.

— No, que es una palpable realidad no es posible negarlo — añadió un tercero. — Fernando está casado muy de veras.

— Pero ¿cómo diablos se ha rendido á la coyunda ese tronera, y cómo él, que ha hecho tantas víctimas, no teme serlo á su vez?

— Cosa tanto más fácil, cuanto que casi triplica la edad á su infantil esposa.

— No lo comprendo.

— Ni yo me lo explico.

— En suma, ¿qué es lo que no comprendéis, caros amigos, que yo me case ó que lo haga con una niña?

Esto dijo una voz varonil, tras la que apareció la arrogante figura, de poblada barba, ojos negros y perfecta distinción, de Santelices.

— ¡Las dos cosas, traidor! — respondieron afablemente.

— ¡Perjuero!

— ¡Desertor, renegado!

— Si no me dejáis hablar...

— Habla, chico, y defiéndete si puedes.

— A vuestra primera acusación responderé con la mejor de las razones: he renunciado á mi libertad porque estoy enamorado y la vida desordenada me cansaba ya.

— ¿Tú enamorado?

— ¡Chico, chico!

— Yo, Fernando Santelices, que mereció el nombre de moderno Tenorio. Y me propongo ser un modelo de maridos.

— ¡Pero, hombre!

— Pasemos al segundo tema. Casándome con una niña, tengo la seguridad de ser el primer amor de mi mujer, la facilidad de educarla á mi gusto, de adaptar sus costumbres, aún no formadas, á las mías; la certidumbre, en fin, de trabajar en blanda cera, que mi amor modelará. Mi experiencia del mundo me impedía creer en ninguna mujer; pero creo en un ángel.

— Permíteme que me asombre aún más de lo que estaba. ¿Tú, sobre vencido, creyente? ¿Tú crees ahora en los ángeles sin alas y con tacones?

— Sí.

— ¡Fernando, Fernando, no te conozco, te han cambiado!

— Quizá.

— Pero ¿quién ha hecho ese milagro? — preguntó uno.

— ¡El amor, sólo el amor! — repuso Fernando con la mayor convicción.

— Pues, chico, siendo así, te deseo mil felicidades en la nueva vía que emprendes.

— Tal vez ésa sea la derecha.

Fernando les estrechó las manos, y disuelto el grupo, se dirigió en busca de su esposa, á la cual halló en el más apartado gabinete sola con su padre.

II

— Hija mía, ¿eres completamente feliz? — preguntaba Montero á la encantadora niña de ojos celestiales, rubios cabellos y angelical sonrisa.

Aurelia respondió con presteza:

— Soy tan feliz, que nadie en el mundo puede serlo más.

— ¡Tienes tan pocos años! ¿No será un sueño infantil tu amor á Fernando?

La bella niña tuvo una sonrisa de lástima para aquella duda insensata.

— Tranquilízate, padre mío — dijo; — una vez más te afirmo que amo á Fernando con todo mi corazón y que no podría vivir sin él.

— ¡Bendita seas, Aurelia mía! — exclamó Fernando presentándose.

— Señor marido, ¿quién ha dado á usted permiso para sorprender secretos ajenos?

— Tengo obligación de espiar á la esposa infiel que

celebra secretas conferencias con un galán — repuso en el mismo festivo tono.

— Perdona, Fernando — añadió el padre, — si interrogaba á Aurelia con afán. Bien sabes cuánto me he opuesto á este enlace por la poca edad de mi hija; al fin accedí, y no sé si he hecho bien.

— Perfectamente, papá suegro, perfectamente, no lo dude usted. Yo le juro que nunca tendrá usted por qué arrepentirse de haberlo hecho.

— ¡Dios lo quiera! Pero mira, suprime el juramento, que en tu boca hace efectos contraproducentes. ¡Has jurado tanto, mi querido yerno!

Fernando se puso grave.

— Permítame usted, señor de Montero — dijo, — que le haga presente, con toda la formalidad del mundo y dejando el tono de broma por el más serio, que el amor de Aurelia, mi primer amor en realidad, mató para siempre al loco calavera; que mi borrascosa historia, de la que no quiero acordarme, ha terminado hoy, y que en estos instantes empieza para mí una nueva vida consagrada á esta niña que tanto adoro.

El padre y la hija estrecharon sus manos conmovidos.

— Gracias, Fernando — exclamó el primero, — gracias por esa promesa. Te entrego un ángel inocente; hazla una buena esposa, hazla dichosa.

— Lo será, lo será cuanto es posible.

Montero se retiró para ocultar su viva emoción.

Aurelia empezó á dar saltos de alegría, exclamando:

— ¡Vaya si seré dichosa, muy dichosa!

Santelices puso dulcemente la mano de ella en su brazo, y la condujo hacia los salones, diciéndole:

— Tu ingenua alegría me hace muy feliz, amor mío; pero deseo al mismo tiempo no olvides que hoy dejas de ser la niña revoltosa y traviesa, para convertirte en una mujer formal, en una señora.

— ¿Y por eso he de estar grave y tiesa? — preguntó con gracioso terror.

— No, vida mía; alegre, expansiva, que tal es tu encantador carácter; mas nada de juegos de niña, ni de loca algarabía. Te confieso que soy avaro de tus sonrisas, de tus miradas, de tus alegrías, de todo lo tuyo, y que tendrás mucho en que ejercitar tu indulgencia, porque soy terriblemente celoso, niña mía.

— ¡Bah, yo te curaré!

— ¿Y cómo? — interrogó él algo alarmado.

— Siendo tuyo hasta mi más oculto pensamiento, consagrándome á ti tan por completo que haga imposible la ofensa de los celos.

— Si eres tan buena y te amo tanto, ¿cómo no tener celos de todo sin querer ofenderte? Tendré celos del pañuelo que llevas en tu mano, del abanico que refresca tu rostro, de la flor que besen tus labios, y todo eso quisiera destrozarlo para que no te acariciara más.

— Fernando, ¿estás loco? — exclamó asustada.

— No tendrá nada de extraño, pues hay quien afirma que amor y locura son sinónimos. Pero, mira Luis cómo me llama; vuelvo al instante, vidita.